

Tesoros de la *Hispanic Society of America*. Visiones del mundo hispánico

Macarena Moralejo Ortega

Universidad de León
Email: mmoro@unileon.es

Recibido: 15 de julio de 2017
Aceptado: 24 de julio de 2017

Desde el 4 de abril y hasta el 10 de septiembre el Museo del Prado presenta esta exposición temporal en la que se han reunido más de doscientas obras pertenecientes a la colección de la *Hispanic Society of America*, una institución –museo, archivo y biblioteca– ideada por Archer Milton Huntington (1870-1955) en Nueva York que, en la actualidad, permanece cerrada por renovación de sus estructuras. Se trata de una ocasión única para conocer, no solo las piezas más sobresalientes que se han traído a Madrid, sino también el método coleccionista de su fundador y el modo en el que configuró su colección a través de excavaciones, compras y otras estrategias.

Una parte importante de las piezas prehistóricas y de la etapa clásica de la colección Milton Huntington ya pudieron contemplarse en una exposición ideada por un equipo de profesores de la Universidad

Autónoma de Madrid y del CSIC en el Museo Regional de Arqueología de Alcalá de Henares en el año 2008. En esta ocasión, el abanico de propuestas es mucho más amplio, aun cuando se trata siempre de una selección, y la exposición está conformada, siguiendo la secuencia cronológica que se ha elegido para el itinerario, por piezas de la Edad de Cobre a obras realizadas en la primera mitad del siglo xx. Para ello, se ha querido enfatizar la apuesta por la contemporaneidad del ideólogo americano a partir de la presencia, en la segunda parte de la exposición, de numerosos lienzos pintados por Zuloaga, López Mezquita y Sorolla, que cumplieron, puntualmente, con los encargos solicitados por el coleccionista. Así, una buena parte del público español ya pudo ver en la exposición dedicada al gran artista valenciano del xix del Prado, una parte del legado artístico que éste realizó

para la *Hispanic Society*, con la presencia, por primera vez, en el año 2010, de los famosos paneles pintados con la peculiar representación de catorce paneles con “La visión de España”.

La diversidad de piezas constituye un hecho, y ya no solo por la disparidad cronológica, sino también por las propuestas divergentes en cuanto a materiales y soportes, que evidencian el espíritu coleccionista globalizador del fundador de la colección. Piezas en oro y plata celtibéricas, romanas y visigodas conviven armónicamente con destacadas esculturas en piedra, como la cabeza de la Medusa romana o la magnífica Diana Cazadora. Así mismo, presentan un gran interés, porque recogen también el conocimiento de la historia de la península ibérica, las piezas medievales que proceden, indistintamente, de la España musulmana y de la España cristiana. Cada una de ellas –tejidos, platos de cerámica, píxides– reflejan la abigarrada convivencia de estilos de la época y las habilidades de los artesanos en ambas zonas que, como en el caso de un arcón mudéjar, alcanzaron un gran magisterio con la utilización de materiales como el marfil, el hueso y el boj para su realización.

El peso de la cristiandad y el papel de los reinos como ideólogos de nuevas creaciones y también

continuadores de las tradiciones artísticas foráneas –Francia, Italia, entre otros lugares– ha permitido recrear un tercer espacio con obras tan sobresalientes como el sepulcro de Mencía Enríquez de Toledo, realizado en alabastro y una de las piezas más logradas del taller de Gil de Siloé. Relicarios, cálices, aldabas en plata y otros materiales se exhiben en esta sala junto a indumentaria de carácter litúrgico que, raramente se expone en el Prado, pero que en esta ocasión subraya el movimiento expansionista de la Iglesia y el modo en el que ésta divulgó su ideario, aun cuando, quizá, habría sido adecuado adoptar una didáctica más persuasiva dirigida a un público que, a día de hoy, desconoce su significado.

La recreación de la biblioteca/archivo introduce al espectador en un discurso de carácter documental que sintetiza las pautas de compra del fundador de la colección a partir de la presencia de biblias ilustradas sobre diferentes materiales, como la vitela o el pergamino, libros de horas, privilegios regios, misales, cartas –como las instrucciones holografas que Carlos V escribió a su hijo Felipe–, dibujos, como uno de carácter ornamental de Alonso Berruguete, y las ejecutorias. El museo del Prado apuesta nuevamente por recrear bibliotecas, tal y como hizo, coincidiendo con

el aniversario de la muerte de Domenico Teotocopuli en 2014, y la reconstrucción de su librería personal. Las ejecutorias de hidalguía, poco conocidas entre el gran público, recorren toda la Edad Moderna y permiten comprobar como su iluminación, a partir de grabados, acuarelas y otro tipo de pinturas, están relacionadas con la técnica europea de la miniatura (Giulio Clovio y seguidores) pero también con uno de los géneros pictóricos más admirados por el gran público: el retrato. Cualquier visitante puede identificar la técnica, la disposición del color sobre el plano y la gestualidad de los retratados en un segundo recorrido por las salas de la colección permanente del museo, que albergan un elevado número de retratos del renacimiento y del barroco de las escuelas flamenca, italiana, holandesa y española.

El espacio dedicado en la exposición temporal al denominado como “Siglo de Oro español” cobija piezas, incluso, anteriores a esta fecha, como una de las obras maestras de la *Hispanic Society*, el retrato de Fernando Álvarez de Toledo, duque de Alba, de Antonio Moro, y diferentes testimonios de la producción artística de Domenico Teotocopuli, desde miniaturas a escenas de carácter religioso ideadas, tanto durante su etapa italiana como en España. Obras que enlazan perfectamente

con la sensibilidad hispánica de la Contrarreforma a partir de la disposición de dos pinturas de Luis de Morales y de dos bustos relicarios de Juan de Juni. En el segundo caso, es posible rastrear la presencia de piezas análogas en espacios que formaron parte –o incluso pertenecen a día de hoy– a la Compañía de Jesús, como la iglesia de San Miguel y San Julián de Valladolid, el templo de Santiago de Medina del Campo o el museo y la colegiata de San Luis en Villagarcía de Campos.

El triunfo de la pintura barroca española se hace presente a partir de una selección de pinturas de Alonso Cano, Zurbarán y Velázquez, éste último, representado a partir de tres lienzos, entre ellos un magnífico retrato del Conde-Duque de Olivares, que puede también interpretarse a la luz de una visita más sosegada al espacio dedicado al ilustre pintor sevillano en la colección permanente del Prado, a partir de otros retratos del noble. Además, el recorrido por el “Siglo de Oro” se completa con una segunda sala que alberga piezas muy diversas, como una magnífica terracota policromada con la representación de los desposorios místicos de Santa Catalina, de la escultora andaluza Luisa Roldana. Obras de Valdés Leal, Pedro de Mena, Murillo, Sebastián Muñoz y Carreño de Miranda que se muestran, jun-

to con una pequeña selección de joyas del siglo xvii de la colección norteamericana. La presencia de objetos tallados en vidrio y cristal testimonia como Barcelona tuvo una de las empresas de producción punteras en este ámbito, que cristalizó en la realización de una serie de objetos que adoptaron la consigna de imitar el éxito de la ciudad de los canales en este arte (*“la façon de Venise”*).

La sala dedicada a la cartografía es, quizá, una de las más originales porque se han reunido mapas e ilustraciones de muy diversa índole, como el mapa de Tequaltiche, realizado en acuarela y tinta sobre papel, que, además, está inspirado en las relaciones geográficas que Felipe II, en un gesto muy modernizador, ordenó realizar en América, aun cuando no se ha traído la relación escrita de Hernando Gallegos que se conserva manuscrita en la Universidad de Texas y que hubiera completado el discurso expositivo. El famoso pergamino de Giovanni Vespucci, realizado en Sevilla en 1526 se exhibe en la misma sala, junto con manuscritos ilustrados de atlas y manuales con instrucciones de carácter técnico y pedagógico destinadas a la navegación.

La sala dedicada al arte colonial refleja el interés que Archer Milton Huntington mostró por la producción de objetos en América

y, además, introduce numerosas pautas de reflexión en el marco de un museo como el Prado que, a pesar de su carácter enciclopédico, no tiene una sala, a día de hoy, dedicada a la pintura, la escultura y las artes decorativas virreinales. Uno de los manuscritos más interesantes es el diario del viaje –ilustrado con dibujos– del jesuita español Adriano de las Cortes, que sobrevivió a un naufragio frente a la costa de China en 1625, y después, en su periodo de cautividad, documentó por escrito y gráficamente su experiencia abordando, para ello, un amplio abanico de temas acerca de la vida cotidiana en China. También se exhibe una interesante pintura procesional, decorada por ambos lados con escenas religiosas, casi como si fuera un estandarte, que muestra la influencia en la técnica y en la iconografía de las obras del jesuita Bernardo Pitti en el Virreinato del Perú.

Así mismo, resultan muy sugestivos los dos objetos expuestos realizados en pasto, laca de barniz y madera que se han traído a Madrid: un escritorio y un cofre, respectivamente, realizados en el siglo xvii. Los búcaros de Indias y las lacas virreinales en cerámica conviven armónicamente en la sala con objetos en plata, como un recipiente en forma de león, que, en realidad, es una tetera para conservar el agua caliente. Objetos

procedentes de las artes decorativas que testimonian la prolífica actividad de los talleres artesanales en los virreinos americanos y confirman el éxito de la experimentación y la mezcla de estilos europeos e indígenas. Una serie dedicada a las postrimerías de la muerte, atribuida a Manuel Chili, recoge, a partir de la exhibición comparada de una serie de estampas, la representación de todos los estadios que aquí se muestran en toda su crudeza. La última sala, consagrada a las experiencias del arte colonial, se vuelca en el modo en el que se representó, sobre diferentes soportes, la vida social y la convivencia de estamentos, razas y grupos. Para ello, se expone una acuarela sobre papel, de grandes dimensiones, con la representación de una Semana Santa en Lima en la que es posible identificar, casi como si se tratase de un Belén napolitano, a tenderos, religiosos, mendigos, soldados y otros miembros de una sociedad muy estratificada. Un retrato de castas, una de las piezas más codiciadas por los coleccionistas en el mercado del arte actual, se presenta como el modelo por antonomasia que triunfó en la pintura al óleo de la época y revela como los españoles, desde su llegada a las nuevas tierras, se mezclaron con los habitantes de toda América.

Esta primera parte de la exposición se cierra con una visión, qui-

zá demasiado exigua, del mundo hispánico en el siglo XIX, a partir de dos retratos ideados por Goya, y conservados en Nueva York: un retrato de la duquesa de Alba, cuyos anillos en una de sus manos evidencian los vínculos afectivos entre ambos (“Goya – Alba”). La producción del pintor aragonés se convirtió en un reclamo muy sugestivo para el coleccionismo internacional desde finales del siglo XIX y hasta la segunda guerra mundial –como también lo fueron las obras de El Greco y Murillo– pero las pautas de compra también alcanzaron otros ámbitos, tal y como puede verse a partir de la exhibición de una parte del epistolario manuscrito que Francisco de Goya intercambió con Martín Zapater, hoy conservado en Estados Unidos y recientemente estudiado por la historiografía española.

La segunda parte de la exposición describe, de una manera muy convincente, la fecunda convivencia del fundador de la *Hispanic Society* con un grupo de artistas –no todos *outsiders*– que abrieron las puertas de su arte a la contemporaneidad e, incluso, en ocasiones se trasladaron a América para testimoniar sus particulares visiones de España. A partir de los lazos de afecto y admiración que se instauraron entre el coleccionista americano y pintores como Sorolla, Zuloaga o López Mezquita podemos en-

tender cómo se produjo el primer gran movimiento de divulgación de la cultura española en América.

El eco del desastre de 1898, la convulsa historia social de España y el valor que algunos de los eruditos concedieron a los paisajes ibéricos, caso de Beruete o Marín Rico, pueden rastrearse en esta selección que confronta la visión clásica del mundo hispánico (toros, escenas religiosas, folclorismo, nacionalismos) con miradas nuevas y, en ocasiones, muy corrosivas. La galería de retratos de insignes españoles, que Milton Huntington colgó en los muros de su museo, confirma este interés por el cambio que se estaba produciendo en España y también el hecho de que la mujer ocupaba un lugar marginal en la sociedad de la época, dado que solo aparece el retrato de una de ellas: Emilia Pardo Bazán. La contemplación de los retratos –colgados, uno junto a otro, en un guiño a la disposición museográfica clásica– revela la existencia de una continuidad en el modo de concebir los retratos, aunque también se aprecian signos de ruptura y conexión con los nuevos tiempos pictóricos.

La disposición en forma de T invertida de esta sala facilita la realización de un recorrido que busca captar la atención del visitante a partir de la selección de

una parte de la producción pictórica de Sorolla –dado que Milton Huntington fue uno de los principales valedores del valenciano en América– y en la que, incluso, se exhiben pinturas con valores moralizantes, a partir de una fabulosa escena de niños y pimientos que sintetiza las conquistas lumínicas del artista y muestra su interés por las desigualdades sociales. La tradición, tal y como he señalado arriba, entronca con la modernidad, mediante la disposición de una tela al óleo con la representación de la familia del torero, que se exhibe a partir de una inteligente confrontación visual, frente a frente, con una escena de falleras valencianas, muy colorista y arriesgada, de Anglada Camarasa, que, cada vez más, goza del aplauso de la crítica y de los coleccionistas internacionales.

En la selección de obras podemos rastrear la idiosincrasia casi de cada región, señal inequívoca del excelente conocimiento del ideólogo de la colección de la pluralidad cultural de la península ibérica, que no se detiene simplemente en los folclorismos, y que trata de ir más allá, ofreciendo una imagen pormenorizada de contextos sociales en un periodo de cambios. A mi juicio, merece un reconocimiento especial el hecho de que se hayan traído dos retratos de los hermanos Ramón y Valentín Zubiaurre, pintores vascos sor-

domudos, dotados de un gran talento para la práctica artística, que residieron durante una parte muy importante de sus vidas en Estados Unidos, e incluso fueron nombrados miembros de la *Hispanic Society of America*. Su hermana Pilar, tal y como se ha recordado recientemente en la edición de su epistolario, fue la primera que puso en contacto, en 1916, a los dos pintores con el coleccionista americano y una parte de su éxito en Estados Unidos se debe a su proverbial intervención, ayudada por Zenobia Camprubí, la esposa del poeta Juan Ramón Jiménez.

Las obras de Ramón Casas, Santiago Rusiñol y Gutierrez Solana cierran visualmente esta visión de la España que comenzaba a despertarse después de un largo letargo, y en el que también sor-

prende la presencia de obras del pintor catalán Miguel Viladrich i Vila, todas imbuidas de la magia simbolista y surrealista que, años más tarde, reaparecerá en los lienzos de Salvador Dalí y de otros representantes de los *ismos* en el panorama pictórico internacional.

La exposición se cierra con un magnífico documental que sintetiza el modo en el que el artífice de la *Hispanic Society* construyó su colección, los pasos que se dieron para crear una sede, ahora en obras, pero que constituye una visita obligada en Nueva York, y las relaciones que, durante más de un siglo, se han mantenido entre España y Estados Unidos a partir de la exhibición permanente de obras de arte que reflejan la pluralidad, el instinto, la inteligencia y la perseverancia de su ideólogo. ■

SALTERRAE



PETER HARRISON (ED.)

Cuestiones de ciencia y religión

Pasado y presente

Más información, en
www.gcloyola.com

El auge de los movimientos antievolucionistas, en especial el del diseño inteligente, ha inducido a muchas personas a pensar que ciencia y religión están necesariamente en conflicto. El presente libro analiza la influencia de la religión en los orígenes y el desarrollo de la ciencia, las reacciones religiosas al darwinismo y el vínculo entre ciencia y secularización. El volumen se redondea con reflexiones filosóficas sobre las conexiones entre ateísmo y ciencia, la naturaleza del conocimiento científico y religioso, y la conjugación de acción divina y libertad humana.


GRUPO DE
COMUNICACIÓN

Apartado de Correos, 77 - 39080 Santander (ESPAÑA)
pedidos@grupocomunicacionloyola.com
